

el momento de la cita de cada noche, y en la que ahora no estaba, y dejándose luego caer sobre el respaldo del tetero, cerró los ojos para no ver y se comprimió la frente para no pensar.

El duque se sentó junto á su mujer; el comisario, que debía acompañarles hasta las puertas de la ciudad, se acomodó al vidrio, y Domingo se subió al pescante.

XXI

En el instante en que partía la silla de postas, sonaron las tres. Jaime estaba durmiendo.

Como mi mismo amigo me dijera al final de la carta cuyos pormenores, unidos á los que Domingo me proporcionara, me han permitido hacer el precedente relato, la duquesa había hecho, en aquellas últimas circunstancias, lo que ninguna otra mujer de su clase se habría atrevido á hacer. A menos de entablar una lucha física, degradante, inútil, con agentes de policía, era imposible mostrarse más enérgica y llevar más allá la fidelidad á las promesas de su corazón. Era preciso amar como ella amaba para resolverse á tales extremos. Hay palabras que una mujer del orden de la duquesa no proferiría ni aun para salvarse de la muerte; y no obstante aquélla las había vertido para salvar su amor y marcar así en la frente y con un hierro encandecido, una situación que, para el duque, podía aún haber permanecido dudosa. Con todo eso, como el escándalo había quedado entre ella y su esposo, era preferible, para el que fué causa de aquel rapto premeditado, que todo hubiese ocurrido de tal suerte. Escribí, pues, en este sentido á Jaime, guardándome muy mucho de sermonearle, aunque sí recomendándole que no hiciese degenerar en tentativas inútiles y ridículas un acontecimiento que hasta entonces conservaba cierta poesía dramática.

La duquesa estaba realmente enferma, y los médicos llamados á cuidarla habían estado unánimes en declarar que no podía proseguir el viaje. ¿Qué había hecho la duquesa para enfermar hasta aquel extremo? Jaime lo ignoraba, pues aquélla no quiso declararlo. Lo que sí es cierto, es que Anita padecía grandemente; pero poco importaba; cumplía su juramento de quedarse en Dresde, estaba cerca de su

amado, correspondía con él todas las noches, le veía por un instante y cruzaban algunas palabras. No se necesitaba más para hacerle olvidar un dolor físico muy inferior para ella al dolor moral de verse separada de Jaime.

«Me voy acostumbrando á mi nueva existencia, me decía éste en una de sus cartas, y ni me acuerdo ya de si he vivido de otra manera. ¡Qué poder tienen sobre nuestra mente los hábitos y las necesidades de nuestra imaginación! Si, verbigracia, cuando Carlota no pudo lograr de mí que fuese á pasar algunos días con ella en Bagnères, me hubiesen dicho que andando el tiempo yo seguiría á una mujer sin saber adonde me conduce, que me detendría en una ciudad en la cual no conozco á persona alguna, que me encerraría en un cuarto de una fonda y pasaría en él el día leyendo, trabajando, escribiendo ó contemplando desde la ventana á los transeuntes; que sólo saldría á media noche para ir á buscar una carta pendiente de un hilo y llevármela luego como el ladrón se lleva el oro que acaba de robar, como el mendigo que perece de hambre estrecha entre sus ateridos dedos la moneda de cobre que acaban de darle; que emplearía la mayor parte de la noche en leer y releer aquella carta, y que cifraría yo en aquel trozo de papel cotidiano todas las exigencias de mi juventud, de mis sentidos y de mi corazón, habría tratado de loco al que semejante predicción me hubiese hecho. Y, sin embargo, tal es actualmente mi vida, y nunca he sido tan dichoso, indudablemente porque hace algunos días tenía por el más infeliz de los hombres y no me atrevía á esperar ni la centésima parte de ventura de que gozo.

»Mi historia va tomando todos los caracteres de una novela. Al verme salir á una hora en que ya se ha recogido el viajero más trasnochador, en la fonda deben de creer que conspiro. Entonces, y al través de estas espaciosas y solitarias calles me encamino á la fonda de Sajonia, ante la cual me paseo hasta que suena la media noche, y cuando da el reloj la última campanada, que vibra en el aire como una nota de acero, ábrese la ventana del cuarto de la duquesa, y desciende el misterioso hilo de seda, sin que siquiera me sea dado ver la mano que lo desarrolla, pues el cuarto está completamente á oscuras y ella va vestida de negro para confundirse con las sombras de la noche. Verdad que no lejos de la ventana hay un farol que debería vendernos; pero

mira cuán útil nos es la economía alemana: á las once y media, un hombre, provisto de larga escalera, recorre los barrios centrales y disminuye la claridad de los mecheros. Lo cual parece hecho adrede para nosotros. Algunas veces se retrasa un poco, y lo veo aún subido á la escalera cuando se abre la ventana. ¡Si aquel buen hombre quisiese prestarme su escalera! En fin, contentémonos con lo presente, ya que lo venidero está lleno de promesas.

»Sin embargo, tú, que eres novelador, vas á preguntarme cómo es que no correspondo más directamente con la duquesa y no hallo modo de acercarme á ella, toda vez que ella puede abrir de noche la ventana de su cuarto, están desiertas las calles, y ambos ardemos en deseos de vernos. Me parece que te estoy oyendo hablar de Romeo y Julieta, de escalas de seda, etc., etc.; mas para tu gobierno de novelador quiero decirte que la civilización moderna ha hecho perder al amor muchos de sus arriesgados medios de ejecución y de sus romancescos procedimientos. En los días de Romeo y Julieta no sólo no se había inventado aún el gas, pero tampoco la linterna visto la luz, ó más bien las tinieblas. Únicamente la luna se encargaba de vender á los amantes, y ya sabemos, por lo que le pasó á Endimión y á los que le siguieron, cuán indulgente é imparcial se ha hecho este astro. Luego te diré que la escala de seda, en aquel tiempo, indudablemente formaba parte del ajuar doméstico, y me fundo en que ni Shakespeare ni otro historiador alguno de esos nocturnos amores, nos dicen dónde se la procuraba el amante. Además, los pabellones construidos en los grandes jardines, los balcones de piedra, robustos y macizos, parecían hechos adrede para tal clase de citas. Hoy, convengo en que sería facilísimo procurarse una cuerda con nudos ó una escala de gimnasta: pero como es fama que abundan más los ladrones que los enamorados, el mismo que me vendería la escala lo primero que haría sería sospechar de mí, y espiarían mis pasos, y al llegar por la noche al pie de la ventana de la fonda, sentiría en mis hombros la callosa mano de un municipal en el ejercicio de sus funciones. No arriesgaría una estocada, pero sí me instruirían una causa que me llenaría de una deshonra ridícula y desprovista de interés. Añade á lo expuesto que los apoyos de las ventanas no tendrían la resistencia suficiente para aguantar al extremo de una cuerda el peso de un enamorado,

por muy seco que éste estuviera, y que el tal enamorado correría riesgo de romperse la crisma, como es indudable que cometería la torpeza de rompérsela. Sepan todos de una vez para siempre, que los amantes del día ya no escalan ni pueden escalar más que las ventanas de la planta baja. Y al hablar así me refiero á las ciudades populosas; en el campo todavía se dan algunos casos. He aquí por qué al desear valerme de la escala del farolero, hacía una postrer concesión á las tradiciones inútiles de los amores de antaño, pero nada más.»

Por la muestra, puede ver el lector que la correspondencia de Jaime no carecía de cierta desenvoltura y demostraba á lo menos tranquilidad de espíritu. Tomaba á broma su propia situación; luego ésta dejaba de ser triste. Y en tal opinión me afirmó otra carta de mi amigo, en la que leí las siguientes líneas:

«Ya te dije en una de mis anteriores que la duquesa había escrito á su prima, pero no que encargara á ésta que me dirigiese á mí sus contestaciones, para evitar que el duque pudiera interceptarlas. Ahora bien, esta mañana ha llegado á mi poder una carta de la susodicha y la he hecho llegar á manos de la duquesa, á quien anuncia la llegada de su padre á París. Anita se ha apresurado á comunicarme tan excelente nueva, así como la de que su padre le había escrito en términos que daban á comprender que no conocía todos los pormenores de lo que ocurriera; y es que la primera ha preferido dejar á la duquesa el delicado y difícilísimo cuidado de revelárselos. Con todo eso, el padre de Anita conoce el modo brutal como emprendió el viaje el duque, contra quien está irridadísimo; y tomando, como es natural, la defensa de su hija, le promete reunirse á ella dentro de dos ó tres días, esto es, tan pronto haya terminado ciertos asuntos urgentes, que, según Anita, se relacionan con su separación del duque. El padre de la duquesa prevé esta separación y probablemente la juzga necesaria, y por eso tiene empeño en hacerse con todos los recursos conducentes al caso. Ahora que la situación se deslinda, la duquesa se considera salvada, y tiene por tan segura su libertad, que me hace compartir su confianza y su alegría con palabras las más convincentes.

»El duque está enfurecido, pues no contaba con la llegada de su suegro, ó á lo menos confiaba encontrarse muy

lejos de París con su mujer cuando esto aconteciese. Digo, y si supiera que yo estoy en Dresde, y humeara mi correspondencia con su mujer; entonces sí que ardería Troya; pero nada sospecha.

»—Va á llegar el padre de usted, ha dicho hoy el duque á la duquesa, no pudiendo ocultar la cólera en que le ponían las últimas noticias; sí, va á llegar el padre de usted y ya se cree usted libre. No se apresure usted á regocijarse, pues todavía está usted en mi poder.

»Dichas estas palabras, el duque se ha salido del dormitorio, y esta es la hora en que, desde la mañana, en que ha ocurrido la escena que dejo relatada, Anita no ha vuelto á ver á su marido, que sin duda está tomando algunas disposiciones opositivas, pero que de nada le servirán.

»Ahora sé adónde conducía á la duquesa su esposo. Éste, en la carta que dejó en París al comisario, decía al padre de Anita que le escribiese ó fuese por ella á Viena, adonde el buen hombre se hubiera dirigido, á no recibir á tiempo la carta de su hija.

»Por mi parte estoy satisfecho de la estancia de la duquesa en Dresde. El entrar en Sajonia ó en Prusia es muy fácil; pero como me hubiese visto obligado á seguirla á Viena, quizá se me habrían interpuesto grandes dificultades, ya que mi pasaporte no está visado por el Austria y el gobierno de este imperio ha tomado, desde los últimos motines, las disposiciones más severas contra los extranjeros. El duque contaba con esto. Encargado de una comisión para el gabinete de Viena, tenía dos probabilidades de deshacerse de mí: primeramente la de dejarme en París, ignorante del camino que él tomaría; y en segundo lugar, por si yo llegaba á saberlo y á seguirle, la de llegar á Viena antes que yo, y allí aprovecharse de su influjo en la embajada francesa para cerrarme la entrada del imperio. Por esto partió tan inopinadamente, y por esto también, al salir de Hanóver en tren especial, calculó no hacer más que pasar por Dresde; como indudablemente lo habría hecho, á no ser la enfermedad voluntaria é inesperada de la duquesa, que le ata completamente las manos.

»No sólo Anita no pasará de la capital sajona, más también, según todas las probabilidades, antes de ocho días estará de regreso en París, y yo de rebote, ya que mi destino es seguirla.»

Dos días después de haber recibido la carta precedente, llegó otra á mis manos, pero ya de índole muy distinta. Estaba escrito que aquel viaje no sería más que una perpetua alternativa de gozos y decepciones, de confianzas y zozobras.

«Ha llegado otra carta del padre de la duquesa—decía Jaime,—tan tranquilizadora ó más que la primera; pero todavía retarda un poco el desenlace que creíamos ya tocar. Anita ha hecho llegar á mi poder la mencionada carta, diciéndome que adaptará en un todo su conducta á mi consejo. Mi contestación no era dudosa, pues tenemos demasiada necesidad del auxilio de su padre para no obedecerle á ciegas. Ahora bien, ve á continuación lo que el padre de Anita dice en su citada y nos interesa personalmente:

«En vista de lo que he sabido y de lo que tú me escribes, voy á tomar, en provecho tuyo, las más eficaces disposiciones. Ya sabes cuánto te quiero, y que estoy determinado á todo en pro de tu ventura. Ese matrimonio lo arregló tu madre, desatendiendo mis continuos consejos en contra; de consiguiente, si es menester llegar á la separación, yo te garantizo que ésta se realizará. Ello no obstante, no se te escapará que nuestro apellido y nuestra representación social nos constriñen á ciertas servidumbres; así es que en las presentes difíciles circunstancias debemos tomar precauciones y guardar ciertos miramientos de que se ven libres las personas obscuras.

»Si se efectúa la separación, y, te lo repito, al extremo á que han llegado las cosas creo que es lo único que puede hacerse, á mi parecer, y también en el tuyo, debe efectuarse á las calladas, sin escándalo ni publicidades y sin recurrir á las vías legales. Será un simple convenio entre el duque y yo. El, viajará ó se estará quedado, por su lado; tú te quedarás conmigo, y así persona alguna tendrá que decir. De esta suerte quedarán casi á salvo las apariencias; pero como, por desgracia, tu partida ha levantado polvareda y ha despertado la curiosidad, hay que dar tiempo al tiempo, esto es, hay que aguardar á que cese el run run y á que la curiosidad se apague, y para conseguirlo, lo primordial es hacer olvidar la causa.

»Como tu marido se dirige á Viena para el desempeño de una comisión diplomática, y en su pasaporte consta el nombre de los dos, conviene de todo punto que aquél no

»llegue solo á la capital austriaca, pues esto produciría un efecto desastroso. Así, pues, por más que tengas justísimas quejas del duque, debes procurar que hasta el fin respeten su apellido, ya que tú lo ostentas. Si, como espero, ha mejorado tu salud, di á tu marido que estás dispuesta á partir para Viena, adonde llegaré yo dentro de ocho días, y allí lo arreglaremos todo de una manera más decorosa. El tío del duque vive á algunas leguas de Viena; de esta suerte, como él no tiene otro pariente que el mencionado tío, ni tú otro que yo, toda la familia se hallará reunida, y nos entenderemos más fácilmente por lo que respecta á los intereses materiales de cada uno. Para asegurar tu tranquilidad estoy dispuesto á toda clase de sacrificios; ten un poco de ánimo, un poco de paciencia y fe en tu padre, que nunca te abandonará.»

«Anita me ha preguntado qué debía hacer—proseguía Jaime;—pero ha añadido que habiéndome jurado que no pasaría de Dresde, no saldría de esta ciudad, á no ser que yo le hiciese formal promesa de ir hasta Viena.—No está muy lejos, me dice ella, y espero no me negará estotra prueba de afecto. No querría yo que mi padre pudiese echarme en rostro una negativa. No me abandoné usted ahora que ya estamos tocando al fin. Una vez en Viena, nos será permitido vernos todos los días, y tan pronto haya llegado mi padre, estaré libre. De aquí á la capital austriaca no hay más que un día; ya ve usted que el viaje es corto. Sin embargo, si usted se niega á escucharme, como está en su derecho, sepa que á todo trance cumpliré lo que le tengo prometido; pero piense usted en lo porvenir.»

»¿Qué podía responder yo á un ruego tan natural, apoyado en pruebas tan convincentes y en esperanzas tan dulces? He escrito, pues, á Anita que obedeciera á su padre; que ante las seguridades que éste le daba, era de más el recordar juramentos hechos en horas de duda; que tanto me importaba permanecer en Dresde como en Viena, con tal que pudiese vivir cerca de ella, y que estaba pronto á partir cuando ella lo efectuara. Así, pues, amigo mío, al llegar ésta á tus manos estaré ya en Austria. Ello no obstante, continúa dirigiéndome tus cartas á Dresde, á cuya oficina de correos daré aviso para que me las remitan á Viena.»

Al acabar de leer la precedente carta, sentí un verdadero arrebato de cólera contra Jaime. ¿Pues no llevaba éste su

amor hasta la debilidad y la debilidad hasta la ridiculez? Antojóseme que mi amigo estaba siendo objeto de una burla, y me abochorné al pensar que él ni siquiera lo sospechaba. Tomé, pues, la pluma y le escribí tal cual me dictaba el corazón.

«Tu última carta, le decía, me ha excitado compasión profunda, y, por expresarme de esta suerte, me humilla en la buena opinión que de tu carácter y de tu dignidad tenía yo formada. No te ofenda que te hable con el corazón en la mano. Comprendo tu partida de París, pues era preciso dar con la llave de aquella salida y arbitrar un plan cualquiera. Te fuiste á Bruselas: nada hay que decir; luego á Dresde, donde te pasas quince días, un mes, cerca de la duquesa: corriente; ¡pero irte á Viena! esto, sin ambages, pareceme insensato, sobre todo cuando te resuelves á hacerlo al día siguiente de haberme hablado de las dificultades que se opondrían á tu entrada en ella, dificultades que no han desaparecido y de las que ya nada me dices porque piensas demasiado en ellas y quieres eludir mis objeciones. La libertad que Anita espera obtener en Viena, también la habría obtenido en Dresde, pues los acontecimientos anteriores y que provocan la separación, tanto existen en una ciudad como en otra, y nada puede añadir ni quitar la diferencia de algunas leguas. La benevolencia del padre de la duquesa, tan á ojos cerrados, me parece no de muy buena ley; yo de tú, me habría atendido á lo pactado y no hubiera pasado de Dresde.»

»Apuesto que no entras en Austria. ¿Qué vas á hacer, pues, cuando esté en ella Anita? Comprendo lo que pasa en tu corazón, sé que hay circunstancias que de improviso dan color á una situación, y me hago cargo de la corriente que te arrastra; pero yo querría que guiases un poco ese corazón tuyo, en lugar de seguirle hasta perder el aliento. En una palabra, admito, y como conozco los pormenores, respeto tus relaciones con Anita, comprendo que te obliguen á ciertas necesidades, no niego que debían acarrear ciertas consecuencias, y que era tu deber compartirlas; pero todo tiene un límite, y tú has hecho cuanto humanamente podía exigirsete.»

»De los negocios del corazón no nos saca á flote más que la cabeza, y pareceme que la tuya te sirve ya para muy poco. Siento verdadera simpatía por la duquesa, á quien

estimo y compadezco; pero es todavía más profundo el afecto que tú me inspiras; me intereso por ti más que por ella; y por esto sé decirte que te conviene llegar á una solución que pusiera término á esas relaciones y á las habilllas que han provocado y de las que aun no te he dicho palabra, porque supuse que morirían de consunción, pero que á causa de tu prolongada ausencia han tomado y tienen casi el derecho de tomar apariencias de verdad. Tú, como todos los hombres de talento, tienes enemigos. La duquesa, por su elevada alcurnia, por su carácter y aun por sus cualidades, se halla también en el mismo caso; de ahí que vuestras relaciones, su desaparición y la tuya, sean casi del dominio público. Como es natural, circulan con carácter de verídicas las versiones más disparatadas y más enojosas, sin que nadie las desmienta, á menos que lleguen á mí, lo que no siempre sucede; pero me veo obligado á replicar á ellas con tan previsora y minuciosa delicadeza, que francamente, no resulta. Ya ves, yo no puedo decir lo que es ni aceptar cuanto dicen, ni estar en todas partes donde se habla de ello.

»Lo que pasa sobre el particular es sumamente enojoso, te lo repito; lo cual no quiero decir que por esta única razón debas tomar la vuelta de París y comprometer intereses que te son caros y afectos profundamente arraigados. No; pero estimo que tu regreso tendría, además, otra ventaja, la de determinar definitivamente la situación. En la sociedad encumbrada, relaciones como las que tú sostienes con Anita deben ser misteriosas é impenetrables, ó exhibirse descaradamente en pos de un escándalo que casi las sancione al hacer patente lo profundas y formales que son; no hay nada peor ni más irritante que la duda, las suposiciones, las bromas, los escándalos á medias, el dejar á cada prójimo la facultad de referir y comentar á su antojo. Estas son las malísimas condiciones en que te coloca tu prolongada ausencia. De estar tú aquí, todos se callarían, y aun saldrías ganancioso, pues darías á entender al duque y al padre de tu amada, en la indulgencia del cual no tengo mucha confianza, que se han librado de ti y que has resuelto romper con aquélla tus relaciones; esto sin contar que tu decisión espolearía al mismo tiempo la energía de la duquesa, energía que se relaja en el hábito de tu presencia y de tu obediencia pasiva.

»El verdadero termómetro de esta clase de afectos es la distancia. Como te alejases de Anita por algún tiempo, quizás advertirías que lo que tomabas por amor no era más que calentura, y que tu corazón más latía en tu cerebro que no en tu pecho. Si, al contrario, esto continúa, no hay para qué regreses en tu vida, y no desespere de recibir tarde ó temprano tus cartas fechadas en Cantón ó en Tombructú. Me dirás que la duquesa te ha jurado no ir más allá de Viena; pero yo te replicaré que también te había jurado no marcharse de París, ni pasar de Dresde, y ya ves que las circunstancias, superiores á ella, la han obligado á faltar á sus primeros juramentos. Cuanto más se aleja de París, del centro de su vida, de sus relaciones, más menguan sus medios de resistencia. Y aun te diré que los caracteres que reviste ese viaje no me placen. Tú estás pisando los calcaños al duque, le haces rabiarse, huye de ti; corriente; pero él va delante y tú detrás, él es el amo, tú el perro; lo cual te hace muy poco favor.

»Si hablamos ahora de lo que personalmente te atañe, de lo que has abandonado para emprender esos viajes imprevistos, ¿cómo no recordarte que tus trabajos han quedado interrumpidos, que tus recursos menguan, que tu posición está comprometida, tu porvenir en peligro y en zozobra tu madre? Esto puede olvidarlo la pasión, pero la razón está en el deber de recordarlo. Sé que es fácil hablar fríamente del juego de los demás cuando nosotros no jugamos; quizá mis tardíos consejos sean intempestivos; puede que en la hora de ahora un nuevo incidente haya cambiado de todo en todo el asunto. Como quiera que sea, te corresponde tomar cuanto encierran de justo y aplicable mis impresiones, que voy á resumirlas diciéndote que, si aun no estás en Viena, lo mejor que puedes hacer es volverte á París, y si, lo que dudo, has llegado ya á ella, fijar un plazo definitivo á la duquesa, y expirado ese plazo regresar animosamente después de dejarle un programa en que se prevean todas las probabilidades, programa que se encargue de cumplirlo ella y que ella cumplirá con tanto más buen éxito cuanto tú no estarás presente, pues tu presencia, si bien la consuela moralmente, materialmente la perjudicará como su padre se ponga en autos.

»¿Qué padre recobra del poder del marido á su hija para entregarla desde luego al amante? Si el padre está tan bien

dispuesto, es que ignora muchas cosas, entre otras, que tú sigues á su hija. Opino, pues, que si tú y Anita queréis veros nuevamente, no tenéis más remedio que separaros por algún tiempo. Vuestro amor es bastante grande y bastante fuerte para que no necesite de andaderos; y para terminar, te diré, valiéndome de una figura del oficio, que si aquél debe morir en el acto primero, no hay para qué continuar la comedia.»

Estuve algunos días sin saber de Jaime. ¿Le escoció mi franqueza? Así empezaba yo á creerlo, ó más bien á temerlo, cuando recibí de mi amigo una carta timbrada en una tierra desconocida. Véase la que rezaba la susodicha carta:

«Ya no estoy en Dresde, y como tu carta ha debido venir en pos de mí, de ahí el que te conteste con retraso. Entre, desde luego, en materia, y respondo á tus consejos diciéndote que te sobra la razón. Esto expuesto, escucha mi raciocinio, y advierte que raciocinio y razón distan muchísimo de ser sinónimos; sin embargo, en ocasiones el primero hace aguardar á la otra por más que le sea inferior.

»En el transcurso de mi viaje he reflexionado con frecuencia, porque por muy enamorado que esté el hombre, por más que lo supedite una pasión, si es un poco inteligente no puede sustraerse á ciertos influjos. Al principio podemos falsear un poco la verdad, pero, de tiempo en tiempo, ésta se desquita y recobra su ascendiente. Hasta ahora me he contentado con comunicarte las variadas impresiones por que me han hecho pasar las múltiples peripecias de estos últimos días, y me he reservado para mí la filosofía y los avisos que de ella debían naturalmente originarse. Hacerte partícipe de mis impresiones sobre este punto, hubiera sido concederte demasiado pronto el derecho de enviarme los consejos que hoy recibo. Hay situaciones tan falsas, que es imposible que uno se las esconda á sí mismo, y durante el transcurso de las cuales se acogen muy mal las objeciones de la más sincera amistad. Cuanto más justas son las objeciones, más dispuesto se halla uno á combatir las, más se revuelve contra el que las hace; quien conoce que está en un terreno resbaladizo, no perdona desde luego al amigo que se lo demuestra; y es que el hombre se complace en mirar como normales esas situaciones embarazosas; no ve en ellas más que las transiciones inevitables de lo posible, de lo real, las transiciones de lo bueno á lo mejor, de la espe-

ranza á la realización, y para confesarlas á los ojos de los demás; espera que aquéllas hayan abierto paso á situaciones mejores y que el terreno se haya afirmado.

»La barquichuela que nos conduce del buque en que estábamos casi en calma á la playa en que esperamos estarlo definitivamente, no tiene que atravesar una mar más ó menos alterada? ¿Sigue, la frágil embarcación, una línea perfectamente horizontal? No, sino forzosamente las ondulaciones de las olas que la sustentan. Hay momentos en que los de á bordo, cuando aquélla se oculta entre dos olas, pueden creer que la mar la ha engullido; sin embargo, reaparece y deposita por fin en la orilla los pasajeros más ó menos comovidos, pero sanos y salvos y satisfechos de llegar al fin á que tendían. Igual pasa con el alma: á menudo no llega ésta al vislumbreado puerto de sus esperanzas ó de sus pasiones—la palabra depende de la situación y de su mayor ó menor energía—sino después de mil vicisitudes; y malamente recibido será aquel que, desde el fondo de sus pacíficas costumbres, le diga, al verla en lo más recio del peligro, que ha obrado mal al embarcarse, y le aconseje que se vuelva atrás cuando le queda menos que andar y menos riesgos que correr para buscar el punto de llegada que no para volverse al lugar de partida. Tal era mi situación. Hoy ya es distinto; física y moralmente no puedo ir más allá de donde me encuentro; hay un alto forzoso en mi viaje y en mi existencia. Hablemos, pues, con toda sinceridad y franqueza.

»Desde el punto de vista de la razón, de la dignidad, del interés, de todos esos sentimientos matemáticos de la existencia, hago mal en seguir á la duquesa, es verdad; pero dada su partida, nuestra respectiva posición y nuestro amor recíproco, hice bien en ponerme en camino. Al obrar de esta suerte obedecí al primer impulso de la pasión, impulso natural, indiscutible, incontrastable. Mi espíritu, mi corazón y mi alma se apegaban á ella; ¿cómo era posible que el cuerpo, este organismo tan absurdo cuando está desprovisto de sus poderosos motores, se quedase rezagado?

»Si tú fueses un amigo vulgar, una inteligencia accesible tan sólo á las impresiones comunes á la generalidad, á las exageraciones del corazón, intentaría demostrarte que aun la naturaleza me encadenaba á Anita, me constreñía á seguirla doquiera; te diría que al seguirla no seguía única-

mente á una mujer á quien amo, mas también á la madre de mi hijo, etc., etc.; pero respeto demasiado el afecto que me une á la duquesa para permitir que caiga en exageraciones ridículas, inútiles é inverosímiles. Más diré: el duque sería un hombre estimable como para su mujer no existiera peligro más grande ni desventura más cierta en quedarse que en regresar á mí, si yo tuviese que echarme en cara el haber turbado la tranquilidad de un matrimonio bien avenido y atentado al reposo de un hombre de bien; si hubiese habido probabilidades de que el tiempo, al acabar con una fiebre momentánea, devolviese poco á poco la dicha ó á lo menos la calma á la mujer con el perdón del marido; ó bien si éste no hubiera sospechado cosa alguna, si sus relaciones conyugales no hubiesen dado pie á la duquesa y á mí, á la menor duda respecto á ese hijo; si la marcha hubiese sido imprevista y no resultado de un rigor no motivado por la precedente conducta del duque. Entonces yo me habría quedado en París, estoy seguro de ello, y hubiera sacrificado mi pasión á la buena fama de la esposa y á la lealtad y seguridad del marido; todo lo hubiese hecho para no comprometerla; me habría contentado con mi recuerdo, y dejando que el deber llamase de nuevo á la puerta de aquella alma extraviada por un instante, no hubiera desviado, en mi provecho, de su verdadero camino, una existencia á la cual nunca pudiera yo haber restituido lo que le hubiese hecho perder. Habría aceptado las consecuencias de una situación normal, como he aceptado los resultados probables de una situación extraordinaria.

»En vez de ir hasta el fin de una tentativa aparentemente criminal, pero lógica y digna en la esencia, hubiera dejado que el lance terminara en el desenlace previsto de esta clase de relaciones, relaciones que la legalidad del matrimonio, la fuerza de la costumbre, las exigencias de la sociedad, las imposibilidades de toda especie, la ignorancia ó la voluntad del marido, el respeto á la buena reputación y á la familia, el egoísmo del amante, los sobresaltos de la esposa infiel y los ratiocinios que sugiere la posesión, arrojan de nuevo y sin esfuerzo en la corriente social, que—semejante á los ríos que arrastran los ingredientes más heterogéneos, absorben las cloacas, reflejan el cielo, pasean el légamo, alimentan acá, inundan en otra parte, lavan, ensucian, mecen, anegan, abreven, contribu-

yen á la vida, matan, y no se detienen hasta que se confunden con el Océano,—se precipita, arrastrando consigo vicios y virtudes, pasiones y afectos, flores y cieno, en el inconmensurable mar de la civilización universal. Como yo pudiese haberme hecho á mí mismo este ratiocinio, no digo que no me hubiese puesto en camino, pero sí que me habría detenido cuando las primeras dificultades despertaron mi reflexión. Por fortuna ó por desgracia, nuestro amor revestía un carácter completamente distinto, y además existía el lazo del hijo; á bien que de no existir este lazo también hubiera hecho lo mismo. El lazo ese confirma mi derecho, es verdad, pero no da más fuerza á mis resoluciones. Amaré más á ese niño por ser hijo de Anita que por serlo mío.

»¿Quieres que te lo diga? sí, voy á decírtelo, pues te he dado palabra de serte franco: preferiría tener que amar á un hijo de la duquesa y de su esposo, que no á un hijo de ella y mío. Esto te parecerá extraño. Escúchame y serás de mi parecer. En las relaciones ilegítimas—mal que me pese tengo que servirme del vocablo, porque, por mucho que haga, nunca podré, socialmente hablando, legitimar las nuestras,—el niño no es un resultado esperado, como en el matrimonio; es un incidente posible. Antes de nacer, la madre le teme como una vergüenza; cuando va á nacer, le ve llegar como un peligro; al ser, no siente por él más que los instintos de la naturaleza, que nunca se ocupa en los impedimentos sociales, y para hacerlo entrar en la vida, se ve en ocasiones obligada á abrigarle con el manto de la mentira, ó á abrirle una puerta falsa, como va á hacer la duquesa. En este caso, los gozos legales, los sufrimientos confesados, las felicitaciones de la familia, las esperanzas para lo venidero, la santa comunión del esposo y la esposa en el fruto de su amor regular, el bautismo moral, faltan á la inocente criatura. Los remordimientos y los temores manchan este nacimiento como un segundo pecado original: para el padre, que ni siquiera puede oponer la excusa del dolor del parto á los reproches de su conciencia, que forzosamente deja á la mujer todo el peso físico y moral de una falta de que es él más culpado que aquélla, no ve, casi siempre, en el nacimiento del hijo más que el alumbramiento de la madre, y rara vez, al comunicarle la nueva del nacimiento, se despierta en su alma un afecto desconocido y verdaderamente puro, sobre todo cuando, como yo, es joven y

sus pasiones tienen que andar aún largo trecho antes de buscar descanso en los tranquilos afectos de la segunda mitad de la existencia. El hombre que se halla en este caso, no ha deseado ser padre, ni está dispuesto á serlo, ni sabe serlo. Para que los hombres amemos á nuestros hijos, es preciso de todo punto que éstos nazcan no de una casualidad de nuestros sentidos, sino que participen directamente de nuestra alma por el deseo que hemos alimentado de tenerlos. En alabanza de las instituciones leales de la sociedad, fuerza me es decir, pues, que la paternidad sólo puede ser dulce, dichosa y útil, cuando es legítima y declarable. El hombre no es padre sino cuando el ser que le debe la existencia puede apellidarle públicamente tal. Lo contrario es hacer hijos, pero tenerlos, no.

»Es indudable que sobre este punto tú y yo vamos de acuerdo; por lo tanto, ahora debes comprender que, como te digo más arriba, ese niño que es mío sin que yo pueda ser su padre, en vez de ligarme más estrechamente á la duquesa, me habría alejado de ella, si, al alejarme á tiempo y por no sospechar nada el duque, marido verdadero, el niño pudiese haber nacido en condiciones ordinarias. El secreto habría quedado entonces entre Anita y yo, y ni uno ni otro lo hubiéramos divulgado. ¡Cuántos nacen de esta suerte! Yo hubiera, pues, amado lo bastante á ese para nunca verle. ¡A qué singulares sutilezas pueden compeler á nuestro corazón ciertas situaciones! ¡de qué manera un amor profundo puede verse obligado á no manifestarse más que por pruebas negativas! Esta transacción misteriosa es imposible. Resultado de una declaración hecha por Anita en un momento de violencia, quedó patente la verdad. ¿Qué me tocaba hacer? Lo que estoy haciendo: soportar las consecuencias de los acontecimientos con tanta mayor complacencia, cuanto mi corazón no solicitaba otra cosa; pero al par que las soporto, es de mi deber tentar, hasta el fin, conciliarlas con la buena fama de la duquesa, aun en detrimento de algunos intereses míos. Ahora bien, sólo una persona puede salvarlo y conciliarlo todo, el padre de Anita; provocarle contra nosotros, es perdernos. ¿Me era consentido inducir á aquélla á que desobedeciera al único auxiliar que tiene? Tú hablas de la debilidad de la duquesa, pero esta debilidad, inherente, por otra parte, á su condición de mujer, ¿no hallaba excusa en lo imprevisto de la lucha, en el modo como

se echó mano de los recursos que la constriñeron á doblegarse, en la imposibilidad de la resistencia, y en la falta de todo consejo, de todo apoyo y de todo protector? Esta excusa dejará de existir cuando tenga á su lado un apoyo legal, un protector natural, un afecto dedicado exclusivamente á ella; si en estas circunstancias tan distintas, previstas y por ella preparadas, manifiesta nuevamente su debilidad, será señal de que no me ama, y entonces quedaré desligado y libre de romper con un amor indigno del mío.

»Esto me dije á mi mismo, y se lo escribí á Anita, la cual me juró otra vez que podía contar con su promesa. Entonces, aunque yo no podía seguirla, la autoricé para que partiera. La embajada de Austria, en Dresde, se negó á visar mi pasaporte para Viena, porque no estaba refrendado por la embajada de París. Es lo que yo había previsto. Me dirigí, pues, á nuestro embajador; pero éste no solamente no pudo sacarme del apuro, sino que, á mi parecer, dudó de las verdaderas causas de mi viaje. Era inútil, pues, insistir. Anita aun no se había puesto en camino; por lo tanto le hice saber este incidente. «Venga usted hasta la última población de la frontera, me escribió aquélla, y una vez yo en Viena y libre por la llegada de mi padre, mientras lo prepararé todo para tomar la vuelta de Francia, hallaré manera de hacerle entrar á usted en Austria, ó iré á verle á usted de tiempo en tiempo. Sea lo que fuere, siempre estaremos más cerca el uno del otro que si usted se quedase aquí, y quiero estar de usted lo menos separada posible.»

»Yo consentí, y vilo ponerse en camino, no sin que el corazón se me oprimiera; y no podía ser de otra manera en los primeros momentos de aquella separación, máxime cuando me he visto solo, en el verdadero desierto donde le prometí aguardarla. La primera noche que pasé aquí es cuando eché de menos nuestra escondida correspondencia de Dresde y aquella ventana desde la cual bajaba para mí una carta, una frase, una alegría; no acertaba á explicarme por qué mi corazón estaba tan apegado á aquella fonda sajona en torno de la cual he pasado los únicos instantes dichosos de mi viaje. ¡Qué sitio ocupan en nuestros afectos ciertos lugares y ciertos objetos inanimados, por unirse á ellos el recuerdo de la dicha perdida, dicha de que fueron teatro y confidentes! El día de mi llegada á ésta, parecióme que no podría resistir al deseo de volverme á Dresde, nada

más que para hacer una peregrinación á aquella ventana. Hasta siento simpatías por el farolero, que en esta porción de mi existencia ha desempeñado su papel, por más que modestísimo, lo suficiente para que yo le correspondiera haciendo algo por él; y es que todo cuanto se relaciona directa ó indirectamente con mi amor por Anita se me hace sagrado. ¡Dios proteja al ó á la que actualmente habita en Dresde el cuarto en que ella se hospedó!

»Por fin, la razón ha despertado de su letargo, y he comprendido que para ella y para mí valía más que no estuviésemos juntos en la ciudad adonde va á reunirse su padre. La causa ilegítima y viviente de la separación debe no estar demasiado cerca de las justas razones que ella va á aducir; lo otro, de ser conocido, produciría desastroso efecto. Hallo, pues, algún consuelo en esta reflexión, esto sin contar que ya he recibido carta de Anita, si bien en ella no me anuncia más que la llegada de su padre, que es cuanto, por otra parte, puede decirme. Es probable que hoy ó mañana recibiré más datos. Interin, me tienes aquí por quince días á lo menos. Si la duquesa viene á verme dos ó tres veces, como me prometió, no será largo el plazo; pero si lo he de pasar completamente solo, no será muy dis- traído. Como quiera que sea, siempre hallaré un consuelo en las cartas de Anita, que no dejará de escribirme diariamente. Por lo demás, ya no me quedan más que catorce días de espera, toda vez que ha transcurrido uno. ¡Oh! el corazón que aguarda una alegría calcula hasta los minutos que de ella le separan.

»Indudablemente vas á preguntarme por qué he de aguardarme quince días, y qué impide á la duquesa que se venga inmediatamente, toda vez que su padre está con ella y debe llevársela. Ante todo hay que tener en consideración que el padre de Anita, que llega de los Estados Unidos y se ha puesto nuevamente en camino apenas llegado á Francia, es anciano y hace mucho tiempo que no ha visto á su hija; todo lo cual quiere decir que necesitará tomar descanso junto á ella y que no va á ocuparse á rajatablas en los asuntos que han motivado su viaje. La duquesa misma tendrá necesidad de ciertas transiciones preparadas, de ciertos miramientos, de cierta gradación para hacerle provechosamente sabedor de la verdad, si por acaso él no cede desde luego á las razones generales que ella le dé. Por otra

parte, el duque va á defenderse con todo su poder. Anita está segura de la victoria, pero no sin lucha; así es que quince días no son mucho si se atiende que durante ellos el padre de la duquesa debe descansar, que ésta debe hacer confidencias, y que hay que arbitrar recursos, y luchar, y tomar disposiciones. Por lo demás, Anita misma es la que ha fijado el plazo en la última carta que me escribió en Dresde, cuando me dijo que yo no podía seguirla á Viena. «Aguárdeme usted quince días en la frontera, me decía; es el último sacrificio que le pido, y suceda lo que quiera, el quinceno día estaremos reunidos. Si faltó á mi palabra, caiga sobre mí la maldición de mi padre y el desprecio de usted.»

»Hoy estamos á 6 de mayo, luego la duquesa llegará aquí el 20; y para darte una prueba de la energía y de la intrepidez que me exiges, si aquélla no ha llegado el 20, el 21 por la mañana regreso á Francia sin detenerme ni un minuto en el camino. Lo cual quiere decir que estoy seguro de que Anita cumplirá su palabra. Hasta entonces, ya que las cartas no tardan más que cuatro días para llegar á París y otros tantos para la vuelta, escíbeme y dame noticias de todo el mundo. Mis ocupaciones particulares no me hacen egoísta del todo, y me alegrará saber que unos y otros sois dichosos; además, necesito algunas distracciones, pues cuanto me rodea es bastante poco agradable, ¿qué digo? dudo que exista otra tierra más triste, más siniestra que esta á que estoy condenado; lo cual no me viene de nuevo, pues ya me habían advertido. En Breslau, última ciudad habitable por la que pasé, cúpome el encontrarme á la mesa, en la fonda en que comí, junto á un sujeto de unos cincuenta años de edad, acompañado de su hijo, niño de ocho. En el comedor no había más huéspedes que nosotros tres. El padre y el hijo hablaban francés, y yo no cejé hasta que hube entablado conversación con ellos. ¡Hablar francés con un francés! mucho tiempo hacía que no me era dado saborear tal satisfacción. Los jóvenes solos reirnos con frecuencia de la palabra patria; pero no hay como hallarnos lejos de nuestra tierra, no ver más que extraños durante un mes tan sólo, y oír de improviso, como á mí me pasó, la voz de un paisano, para comprender la honda emoción que encierra el inesperado eco de la patria lejana. Bien que yo me hallaba en una disposición de ánimo propicia para entermecerme á la primera ocasión;

sin embargo, tan buen punto supe que mi compañero de mesa era de la misma nación que yo, todo cuanto hacía aquél parecíame que se salía de lo vulgar. El niño antojóseme talentoso, simpático, gracioso hasta más no poder, y se iba apoderando de mí la emoción al ver la suave sonrisa con que agradecía la solicitud de su padre, al oír su alegre charla y sus candorosas preguntas. El padre y yo entramos luego en conversación, y cuando supo que yo era francés, tendióme cordialmente la mano, diciéndome:

»—Vengo de una tierra donde todos hablan francés; sin embargo, esto no reemplaza nunca la suspirada patria.

»Aquel francés venía de Polonia, donde hacía diez años que estaba establecido, y en la cual había perdido su esposa. Este recuerdo le llenaba de lágrimas los ojos, y para que el niño no le oyese hablar de su madre y se echase á llorar, le decía: «Come, hijo mío, come.» Aquel buen sujeto opinaba que su esposa había muerto falta de ambiente natal, y por eso se apresuraba á llevarse á su hijo á Francia para devolverle ese aire tan necesario á la existencia. Es imposible expresar á la vez más candorosa y poéticamente el dolor que produce el dejar en tierra extranjera el cuerpo de un ser amado; y como él veía que yo le comprendía y compartía sus tristes pensamientos, complaciase en hablarme de sus recuerdos más caros. ¡Pobre hombre! como yo debiese haber pasado algunos días con él, quizás el relato de un dolor que no era el mío habría acabado por serme indiferente y aun por aburrirme; quizá mi emoción obedecía más al estado de mi ánimo que no á la mella que pudiese hacer en mi espíritu aquel dolor, conocido para mí hacía tan sólo contados minutos; como quiera que sea, lo positivo es que yo estaba conmovido, y que en la hora presente recuerdo aún con cierta simpatía á aquel viajero y á aquel niño á quienes es fácil que nunca jamás vuelva á verlos. Con todo esto, aquel paisano mío me ha dejado un recuerdo palpable de nuestro encuentro, y voy á decirte por qué. A su vez preguntóme aquél adónde me encaminaba; á lo cual le respondí dejándole entrever de qué se trataba.

»—Historia de mujer, repuso. Ame usted, joven, ame usted, y ojalá nunca conozca usted más dolores que los que del amor se originan.

»—Todo es relativo, le repliqué, y si de todas las desven-

turas que puedan sobrevenirme, es para mí la más grande el verme separado de la persona á quien amo, esa desventura iguala á toda otra que mira mi dolor como inferior al suyo. Solamente el alma del que padece conoce la verdadera medida de sus padecimientos, y le sería imposible trazarse por límite el en que pretendería detenerse una organización distinta. Posible que, tarde ó temprano, yo admita que hay dolores más crueles que el en que actualmente me veo sumergido; pero esto habrá sido obra del tiempo que, al alejarme de él y haciéndome ver más distante, me lo hará parecer más ¡pequeño; hasta que tal suceda, me asiste el derecho de tenerme por el más infeliz de los hombres.

»—Este es un caso de óptica moral, me replicó mi interlocutor. No estando, como no estamos, colocados en el mismo punto de vista, no podemos los dos ver lo mismo.

»Luego volvimos al primer tema de nuestra conversación, y le dije que me iba á aguardar la llegada de una persona á la última estación de la vía férrea, en la frontera de Austria.

»—¿En Pless? me preguntó.

»—Sí, señor.

»En efecto, Pless es la última estación de la línea prusiana, y como me era imposible ir más allá, escribí á Anita que me detendría en dicho pueblo para estar tan cerca de ella como me fuese permitido.

»—¿Y se queda usted en Pless? me preguntó mi compañero de mesa.

»—Por quince días.

»—¿Quince días! ¿ya sabe usted lo que es Pless?

»—No, señor.

»—Es una aldea de mala muerte.

»—Mejor.

»—¿Por qué no se aguarda usted aquí, en Breslau, donde no faltan distracciones?

»—Prefiero la soledad.

»—Pues va usted á ver colmados sus deseos. En Pless no hay más de treinta casas, y la más alta de ellas de un piso.

»—¿Hay hospedería allí?

»—Sólo una: la del Aguila blanca.

»—Esto basta.

»—Ea, veo que realmente está usted enamorado; pero se

lo repito, es inútil que vaya usted á Pless, porque no se quedará usted en ella.

»—Si me quedaré; además, lo he prometido.

»—Eso es diferente, repuso mi interlocutor, el cual, desdoblando un itinerario de caminos, añadió, á tiempo que ponía el dedo sobre una palabra casi ilegible, tan delgadas eran las letras, lo que probaba la poca importancia de la comarca á que daba nombre: aquí es donde va usted, y una vez haya usted pasado quince días en esta aldea, podrá usted decir que ha hecho lo que á ningún ser humano se le ha ocurrido hacer ni se le ocurrirá jamás á persona alguna. ¿Habla usted alemán?

»—Apenas.

»—Pues va usted á divertirse; en Pless no hay quien hable nuestro idioma. Digo mal, parece que hay un individuo del resguardo ó un comisario del ferrocarril que lo chapurra. ¡Pless! añadió mi paisano mirando el mapa y sacando un lápiz de su cartera; en vida de mi mujer mis negocios me obligaron varias veces á pasar por esa aldea, al dirigirme á Viena, donde yo sostenía relaciones con muchas é importantes casas de comercio. Por aquí, prosiguió mi interlocutor siguiendo con la punta de su lápiz las sinuosidades de un río apenas visible, se desliza el Vístula, todavía muy angosto en este sitio. Sobre él está echado un puente de madera, por el que podrá usted pasearse para distraerse, y al extremo del cual empieza el Austria. Desde ese punto descubrirá usted una planicie cenagosa y estéril, algunas miserables viviendas cubiertas de grandes tablas de madera ennegrecida y tres ó cuatro docenas de abetos en el horizonte. Pero, en fin, quince días pronto pasan; si tiene usted libros y recibe usted cartas, y la persona que usted dice llega á Pless, del mal el menos. Pero, lo mismo da, continuó mi interlocutor haciendo una cruz sobre el nombre de aquella aldea; permítame usted que le ofrezca este mapa, que como hecho en París puede usted considerarle como un paisano de usted; yo no lo necesito ya, pues cuento no viajar más; de esta suerte, cuando más adelante, después de haber usted salido de Pless, lo desdoble usted para consultarlo, al dar con esta cruz dirá usted que el que se lo dió fué verídico y que en Pless se aburrió usted soberanamente.

»Acepté aquel mapa, en cambio del cual obligué á mi compañero á que aceptara uno de los libros que yo había

comprado en Dresde; y como todavía el sol estaba alto sobre el horizonte, nos llegamos hasta el paseo, que, orillado por un canal, cife á la ciudad. En verano, el tal paseo debe de estar enteramente sombrado por los árboles, ahora todavía casi despojados del todo, no obstante lo cual los pájaros ya trinan en sus ramas, y de trecho en trecho se ven parejas de enamorados que buscan en él soledad y sombra, y con sus misteriosas pláticas preludian la primavera. ¡Qué no hubiera dado yo por llevar del brazo á Anita y para aspirar con ella los primeros, suaves y penetrantes esfluvios de una naturaleza joven y fecunda que se despierta! Por desgracia no me quedaba otro consuelo que el de pasar por delante de la fonda de Strelitz, donde me estaba que ella había pasado una noche. ¿Qué hacía la duquesa en aquel instante? ¿dónde estaba? ¿pensaba en mí?

»En esto el sol había llegado á su ocaso, y el niño, rendido de fatiga, sentía necesidad de dormir. ¡Oh edad dichosa! Así, pues, nos recogimos, y el señor Desfossés, que así se llamaba mi compañero, acostó en su cuarto á su hijo, á quien, al ver que se resistía á dejarse poner un gorro de dormir, abrazó diciéndole:

»—Ya sabes que tu madre siempre te recomendaba que te lo pusieras.

»Obedeció el niño, y diez minutos después dormía profundamente.

»Mi gusto habría sido pasar la noche con el señor Desfossés, pero pronto advertí que también él estaba fatigado, y necesitaba descansar para ponerse en camino á la mañana siguiente una hora antes que yo. Así, pues, despedime de él dándole un fuerte apretón de manos, y después de prometerle que le acompañaría hasta la estación, tomé una bujía y me encaminé á mi cuarto. Yo estaba triste hasta la muerte, y sin saber por qué me pasé una hora llorando á lágrima viva. Al romper el día salté de la cama, en la que no hallara descanso, y como el señor Desfossés indudablemente estaba todavía durmiendo, pues no partía hasta las ocho, y, por otra parte, la turbación del alma necesita movimiento, me fui maquinalmente en romería hasta la fonda de Strelitz, en la cual, si no estaba ya, había estado Anita. Luego presencié el ejercicio de algunos soldados prusianos, y oí una banda militar, bastante buena, que despertó en mí, pero de una manera fugaz, el recuerdo del arte, y, por

último, tomé la vuelta de la fonda, al través de parte de la ciudad, ya bulliciosa y animada, bullicio y animación que, lejos de distraerme, aumentaron mis deseos de encontrarme ya en Pless y de pedir á aquella soledad que despavoría á los otros la única sociedad adecuada á mis pensamientos presentes. Tomé una taza de café con el señor Desfossés, le acompañé á la estación, besé á su hijo como para que se llevara algo de mí á Francia; estreché efusivamente la mano á su padre, y verdaderamente me conmoví cuando partió el tren que se los llevaba.

»Nuevamente me encontré solo, y á pesar de que me molestaba el trato de los hombres, sentí pesadumbre. Y es que la sociedad tiene diversas fases. Hay la de una ciudad entera que bulle, grita, danza, se pasea y se agita, y que de su movimiento y de su alegría no nos da más que aquella parte equivalente á la apatía y á la tristeza que nos quita; pero también hay la de un compañero que nos escucha y conversa con nosotros y se liga á nosotros en virtud de un dolor, si no del mismo género que el nuestro, á lo menos tan intensamente sentido: esta es la verdadera sociedad del hombre en las condiciones en que estoy. Las dos tristezas, puestas en contacto por espacio de algún tiempo, menguan poco á poco, por este roce continuo, hasta desaparecer, y aquellos que sufrían se encuentran, á no tardar, en estado de alternar nuevamente con los indiferentes, de quienes huían como de la peste.

»A mi vez partí, acurrucado en un ángulo del vagón, y sin proferir palabra ni hacer un gesto, hice, como un bruto, el viaje de Breslau hasta aquí.

»El señor Desfossés no me había engañado. El aspecto de esta aldea es lúgubre; lo cual no pude advertirlo al poner los pies en ella, pues llegué de noche; pero al día siguiente, ó lo que es lo mismo, ayer, cuando la vi, quizá me pareció que la soledad hacía demasiado bien las cosas. En un cuarto de hora di la vuelta á la parte habitada de este desierto; y no creas que viese, como en nuestros más miserables villorrios franceses, ya una parra caprichosa encaramándose en torno de una puerta, ya un florido ojiacanto que sirve de división á dos cabañas en cuyo umbral duerme tendido al sol un gatazo, ya una maceta de reseda adornando una ventana y formando pareja á una jaula en la que gorjea un canario. Nada de eso: no vi más que lodo y

miseria; ni una flor, ni un pájaro, ni una muchacha, ni un labriego. Además, ¿qué haría un labriego de toda esta esterilidad? ¿De qué, cómo y por qué viven estas gentes? no lo entiendo.

»Entonces me paseé por el llano, cortado en línea recta por la vía férrea, como si tuviese prisa de salir de él para perderse entre los abetos que ciñen el horizonte y detrás de los cuales está el Austria. Aquí hace tanto frío como en Francia en marzo, y hoy, á mediodía, se ha deslizado al través de dos gruesas y algodonosas nubes, una especie de rayo de sol, al que le he vuelto la espalda, sentándome en una piedra, junto á un pantano donde cantan invisibles ranas. Allí, lo confieso, he visto algunas flores azules, miosótides, la flor alemana. Las he cogido, ó más bien las he desenterrado; porque me he llevado tierra y raíces, y las he puesto en una taza donde parece quieren continuar viviendo. Las criadas de la hostería, que dicho sea entre paréntesis, van siempre descalzas, lo que puede darte una idea de la comodidad que se disfruta en Pless, se han maravillado de que yo me molestara por tan poco. No les echo en cara su incuria, ni puedo, ya que muchas veces, durante mi vida dichosa y superficial, he calificado de sandeces y niñerías esas poéticas distracciones de las almas soñadoras y dolientes.

»Otra vez en mi cuarto, heme sentado junto á la ventana, y fijando los ojos en el horizonte he dicho para mis adentros. «Está allí». En efecto, allende ese horizonte hay otro, y otro luego, y otro después, hasta que uno llega á Viena, donde ella está. La distancia que no puedo salvar físicamente, desaparecía, pues, para mi espíritu, y por encima de llanos y montañas parecíame ver á Anita entregada á la existencia á que yo sabía estaba entregada, pensando en mí, hablando con su padre y escribiéndome; y el tiempo desaparecía como el espacio, y veíala venir hacia mí, gozosa y sonriendo, y le tendía la mano, y le hablaba. Mas al encontrar mi mano el vacío, no me cabía más remedio que cerrar los ojos para dejar de ver aquel espectáculo desesperante de puro preñado de esperanzas.

»Quizás esta carta sea excesivamente minuciosa, y, sin embargo, como yo supiese no causarte enojo y dejara desbordar sobre ella cuanto siente mi corazón, aun iría mucho más extensa. Yo querría, y esto tú lo comprendes clara-

mente, poder ocupar el tiempo hasta mañana, hasta la hora en que el correo me traerá carta de la duquesa, carta que ojalá encierre algo cierto para que la que yo te escriba á ti sea alegre como la que voy á intentar escribir á mi madre para tranquilizarla respecto de mi estado, toda vez que la pobre debe pasar los días en continua zozobra.

»Escribeme diariamente y sea lo que fuere, con tal me escribas á Pless, posada del Aguila blanca (Prusia). Maldito si, hace un mes, pensabas tú escribir en tu vida á semejante dirección. Hasta mañana.»

Si nada satisfactorio me comunicaba Jaime, á lo menos me era concedido darle noticias á él, y si bien tales noticias no le interesaban personalmente, se relacionaban con ciertos personajes de esta historia que, mientras él se iba al riñón de Prusia en busca de la continuación de su aventura, proseguían las suyas en París, en un espacio más restringido, pero pasando por emociones quizá tan hondas como las que él estaba pasando. Me refiero á la señorita de Norcy.

Desde que Jaime partiera, había ido yo dos ó tres veces al campo para verla, pero inútilmente; siempre estaba en París, donde, sin embargo, no tenía casa en que alojarse, por lo que me era imposible dar con ella si la casualidad no la ponía á mi paso. Isabel, al saber mi ida á su retiro, escribióme disculpándose de su ausencia y convidándome á comer para el día subsiguiente, á lo cual accedí con tanto mayor gusto, cuanto hacía un tiempo magnífico. Durante todo el trayecto estuve pensando en aquel mi pobre amigo de quien por la mañana recibiera noticias y que perseguía quizás un imposible por estériles vías, cuando podía haberse quedado junto á nosotros para gozar de las realidades con que la primavera brinda á la juventud. Y entre mí me decía, que fuese cual fuere el resultado que debiese tener su viaje, quizá le sería más provechoso acompañarme, dando el brazo á Carlota, á la quinta adonde me encaminaba solo, comer alegremente, cantar y tocar un poco el piano, volverse, por la noche, á la estación fumando un buen cigarro, y de regreso en París jugar al amor con aquélla, que al fin y á la postre era hermosa, y tanto más agradable cuanto con ella el juego no ofrecía peligro, ni las relaciones estaban expuestas á sacudida alguna, ni el rompimiento podía traer en pos de sí fuertes emociones. Esto iba yo diciéndome á mí mismo mientras seguía el hermoso sendero

que he intentado describir más arriba y que conduce de Versalles á la casa en que entonces vivía Isabel. En la mencionada casa encontré á otros dos convidados, que eran Carlota y el señor Gabert, de quien ya tuve ocasión de hablar al principio de este libro. Isabel, Carlota y él se estaban paseando por el jardín y departían amistosamente, cuando yo entré, y la primera, al verme, vino á mi encuentro.

—Ante todo dígame qué noticias trae usted del señor de Feuil, profirió la de Norcy; y le dirijo á usted de buenas á primeras esta pregunta, para evitar en lo posible el tener que hablar de dicho señor ante Carlota, que, á mi ver, allá en lo profundo de su corazón no le perdona ese viaje. Sí, Carlota podría hablar del señor de Feuil con alguna acrimonia, y vale más que no nos veamos obligados á defenderlo. Y ahora dígame usted, ¿le contraría á usted comer con Carlota y el señor Gabert?

—Lo más mínimo; pero confieso que si no me admira el encontrar aquí á Carlota, nunca pude imaginar que estuviese en esta casa el señor Gabert. Creí que usted apenas le conocía.

—Viene á verme á menudo, profirió Isabel sonriéndose; y luego añadió: es una verdadera historia; ya se la contaré á usted.

—¿Y usted, es dichosa? pregunté á la de Norcy.

—No lo sabré hasta mañana, repuso mi amiga devolviendo á su rostro su acostumbrada melancolía.

¿Qué significaban tales palabras?

La comida fué bastante alegre en la apariencia. Carlota se reía grandemente, pero más para hacerme ver que reía que no porque en realidad se riese, y de ello era demostración irrefutable el que no mentó ni una vez á Jaime. Como á Carlota le hubiese sido del todo indiferente el recuerdo de su antiguo amante, como quería darlo á entender, me habría preguntado por él en esos términos sencillos y francos que dan inmediatamente el diapasón de los sentimientos verdaderos. Carlota nunca había sentido por Jaime un amor profundo; pero como le amara cuanto le era dado hacerlo á su carácter superficial, de ahí que debiese ser más accesible á los pequeños rencores que siguen á esa clase de intimidades. De consiguiente, si en el mundo había alguien que anhelase que la aventura de Jaime no tuviese el fin que

éste esperaba, de fijo que era Carlota. En cuanto al señor Gabert, también se había forjado una aventurilla con esa discreción que es la última cualidad social de los ancianos, discreción que resulta naturalmente de la timidez á la cual, en achaques de amor, se ven obligados á circunscribirse so pena de caer en la mayor de las ridiculeces. Es el caso que nuestro provinciano, al ver, en otro tiempo, á Isabel en casa de Carlota, se prendó de ella, y habiéndose informado, á la callada, de la vida, costumbres y familia de la joven, supo las relaciones que ésta sostenía con Jorge. Hecho esto, y sin que persona alguna pudiese sospechar las ideas que alentara, el señor Gabert, después de haber visitado dos ó tres veces á las dos amigas, regresó á Bagnères, desde donde escribió algunas cartas á Carlota, preguntándole en todas ellas, lo que era muy natural, por Isabel de Norcy. Ahora bien, Isabel cayó enferma, y Carlota, en una de sus contestaciones, puso la novedad en conocimiento de Gabert, que sin perder minuto, y so un pretexto cualquiera, se trasladó á París. Ya en la capital, el anciano dejó su tarjeta en casa de la doliente, y tan buen punto ésta se halló en estado de admitir visitas, solicitó ser recibido, como lo fué tres ó cuatro veces. Ínterin, el señor Gabert, que tomara nuevos informes, y había sabido la verdadera causa de la enfermedad de Isabel y su rompimiento definitivo con Jorge, se decidió á descubrir sus intenciones, pero no á la joven, sino á Carlota, que no pudo menos de quedarse pasmada cuando aquél le dijo que sentía por la de Norcy el afecto más profundo, pero paternal y como convenía á sus años, y que sabedor de las relaciones que ocuparan la vida de aquélla, las respetaba y no tenía la pretensión de hacérselas olvidar.

—La señorita Isabel, añadió el anciano, es joven aún, y no tiene sostén ni familia, ni su carácter es para buscar consuelo en otro amor que el que ha perdido. Yo también estoy solo; mi hija, que ya está casada, no hace de mí todo el caso que debiera, y más que me amen, necesito amar á alguien. Si la señorita de Norcy quiere casar conmigo, puede estar segura de que á mi lado ocupará el lugar de mi hija ausente, no el de mi difunta esposa.

Isabel, que estaba á mil leguas de sospechar una proposición semejante, cuando oyó á Carlota hacérsela formalmente en nombre del señor Gabert, no pudo menos de

reirse por primera vez desde hacía mucho tiempo. Con todo esto, el provinciano era sujeto digno y honrado, del mismo modo que ella una mujer noble y buena. Arrepintióse, pues, inmediatamente la de Norcy de haber tomado la proposición aquella por el lado jocoso, y descubriendo á no tardar la honrada intención que envolvía, se encargó de dar personalmente la respuesta al señor Gabert. Al efecto le escribió para que fuese á verla, y con toda sinceridad le dijo que estaba firmemente decidida á continuar viviendo retirada como lo hacía de algún tiempo á aquella parte.

—Le ofrezco á usted mi amistad, señor Gabert, añadió Isabel, y no rehusó ir á pasar, con Carlota, un mes ó seis semanas en Bagnères. Como quiera que sea, le ruego que mientras esté usted en París venga á verme siempre que le plazca.

El señor Gabert no tuvo más remedio que contentarse con esto, ya que no podía obtener otra cosa, y con bastante frecuencia concurría á la morada de Isabel, la cual poco á poco advirtió que el anciano, valiéndose de toda suerte de atenciones y asiduidades, contaba hacerla rectificar su negativa. Ahí empezaba quizá la ridiculez de una pertinacia no perdonable sino en un joven, pertinacia que de tiempo en tiempo daba á Isabel, como acababa de hacerlo ante mí, el derecho de reirse de ella inocentemente. De haber prestado oídos á Carlota, que adujo toda suerte de buenas razones, la de Norcy se habría casado á rajatablas.

—Sólo se halla la dicha en un estado correcto, decía á Isabel la de Wine.

Y desenvolviendo esta teoría vulgar, la antigua amante de mi amigo Feuil aconsejaba á la de Norcy con la autoridad de mujer que ha vivido siempre como Dios manda; y aun presentándose á sí misma como ejemplo, aquilataba los derechos que da eternamente á una mujer la base á que apellidan matrimonio.

Raciocinio alguno hizo mella en Isabel, que se mantuvo firme en lo que desde un principio dijera.

Carlota, al ver que la de Norcy se encerraba en la más rotunda negativa, se propuso trabajar en provecho propio, rodeando al señor Gabert de toda suerte de atenciones y echando mano de coqueterías capaces de trastornar la cabeza al buen sujeto por poco que éste hubiese alimentado la intención de buscar en otra parte lo que le negaba Isabel.

La señora de Wine era todavía joven, guapa y elegante, y el señor Gabert, entrado en años y de aspecto no vistoso, pero no repulsivo; en suma, habría sido un marido, es decir, el derecho, en carne y hueso, de pertenecer y aun penetrar más profundamente y con más seguridad en un círculo del que sentía cada vez más la necesidad de retirarse si no quería que aquél se retirara de ella; porque los diferentes amores de Carlota empezaban á trascender gracias á las habladurías de Vladimiro. Esto por una parte; por otra, el marido de que la de Wine se decía viuda, no había sido decididamente bastante visible, y se descascaraba sobrado fácilmente cuando algún curioso llevaba su empeño hasta raspar su autenticidad. Pronto, pues, iba Carlota á verse reducida á la nada, y, por lo tanto, no era mal negocio el poder colocar un marido verdadero en el sitio del que ya estaba inservible.

Carlota hablaba incesantemente, en presencia del provinciano, de su gusto por la soledad, de su deseo de apartarse del mundo y de vivir entregada á un afecto tranquilo y á costumbres suaves y armoniosas. Según ella, nunca había pasado tan regaladas horas como durante el tiempo que estuvo en Bagnères, y no pasaba día sin que en medio de la ruidosa vida que llevaba en París, el recuerdo de aquellas tranquilas veladas no la hiciese suspirar por una existencia sedentaria, mucho más grata para ella que el turbulento vivir á que forzosamente debe sacrificarse una mujer de su clase.

El señor Gabert no tuvo para qué luchar contra aquellas tentativas, pues ni siquiera se dió cata de ellas; así es que Carlota, al ver la invencible indiferencia del provinciano, á lo mejor y sin transición dijo á su doncella:

—Para ese caballero entrado en años que viene á verme, nunca estoy en casa. ¿Oye usted?

—¿Quiere usted decir el señor Gabert?

—El mismo.

Presentóse el buen sujeto dos ó tres veces en casa de la de Wine, pero al ver que en ella no encontraba nunca á la dueña, resolvió cortar sus visitas, sin sospechar la causa de su desgracia más que no sospechara las razones de su favor. Pero no ahondemos en lo porvenir y atengámonos á lo presente.

XXII

Accediendo á los deseos de Jaime, le envié noticias de todo el mundo, y en primera línea le hice la narración de la comida á la que yo asistiera y al fin de la cual la de Norcy me había contado lo que, en lo que acabo de narrar, la atañía personalmente; luego hablamos del viajero, y cuando, en el instante de despedirnos, me dijo que fuese á verla con más frecuencia, repuse que sin embargo de que ella había jurado que no saldría nunca de casa, yo podía sacarla mentirosa, toda vez que en vano fui á verla dos ó tres veces.

—No importa, profirió Isabel, vuelva usted y yo le diré dónde me encontraba; pero con una condición, y es que no se burlará usted de mí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Volví, pues, al retiro de la de Norcy, y supe... lo que el lector habrá ya adivinado.

Mientras duró el invierno y con sus tétricos días armonizó con la tristeza de la solitaria; mientras Isabel al tender en torno de sí los ojos pudo ver á la naturaleza despojada, sombría y desierta como su vida, su corazón y su pensamiento, se había complacido, digámoslo así, en su resolución de desesperar, y alimentando con la exterior su desolación interna, creyó haber acumulado de ella un tesoro bastante para entenebreecer el resto de sus días; pero tan pronto en los árboles aparecieron las primeras hojas, no bien los pájaros empezaron á labrar sus nidos, así que vió á la naturaleza, en el seno de la cual fuera á buscar la soledad y la muerte, estremecerse de alegría á las primeras caricias de abril y, como una coqueta, engalanarse de hojas y flores para agradar al sol, su eterno amante, de las infidelidades del cual hemos hecho nuestros inviernos y cuyos remordimientos son nuestras primaveras; cuando Isabel vió y sintió que todo renacía en torno de ella negando tan victoriosamente la muerte como un mes antes parecía negar la vida, empezó á dudar de la eternidad de un dolor que no podía ser, tocante á su vida, más que el invierno respecto de la naturaleza, la transición inevitable de una

estación á otra, el contrapeso necesario á las armonías naturales.

Sin embargo, con tanto ahinco y obedeciendo á las exigencias que fácilmente se crea todo el que sufre, se prometiera á sí misma la de Norcy no volver á amar y á esperar en su vida, que se empeñó en ir á buscar el derecho de continuar dudando allí donde ella se dió á entender que debía estar siempre. Así, pues, en vista de que la soledad que ella escogiera se animaba más de cada día y la convidaba á participar de su bullicio, fué á pedir al retiro de los muertos la tristeza de que ella se impusiera la necesidad, y pasó días enteros en el pequeño campo santo que se levantaba no lejos de su casa; pero allí, como en todas partes, y quizá más que en otra parte, debía presenciar la invasión de la vida sobre la muerte. Sin contar las flores tempranas con que la piedad de los deudos engalanaba los nichos donde yacían los inanimados restos de los que fueron, la hierba crecía por doquiera, los pájaros gorjeaban en todo el ámbito de la fúnebre mansión, las tumbas desaparecían bajo las frondas, y el verde suave de la primavera se confundía con el sombrío color de las cruces. ¿Cómo luchar, pues, sola en la naturaleza contra la corriente de perdón, de juventud y de renovación que se desbordaba por todas partes? ¿El hombre á quien amaba había muerto? No. ¿Continuaba amándole? Sí. Encerróse, pues, Isabel en su cuarto para sustraerse á toda influencia externa, y leyó una y otra vez las cartas de su amante. ¡Ah! en cada frase de aquellas cartas palpitaba un pesar, una promesa, un dulce recuerdo de lo pasado, una gozosa confianza hacia lo venidero; y no tenía más que decir una palabra para que aquel amor renaciese y las nuevas alegrías cubriesen la huesa imaginaria que ella se complugó en cavar. Al igual que la tierra, Isabel se estremeció á su vez al sentir de nuevo la proximidad del amor, sol de las almas.

Su abstención en medio de la adhesión universal no era más que una terquedad de su amor propio, y tarde ó temprano Dios debía castigarla si persistía en atrofiarse en ella. ¿Cuanto la rodeaba no le decía que amase? ¿no amaba? ¿qué esperaba, pues? De quedarse sola en él, hasta el mismo lugar que ella escogiera se haría inhabitable; porque es tan poderosa y admirable la resurrección anual de la naturaleza, que para comprenderla y soportarla no basta un

solo corazón, son menester dos. Demás, como los afectos del alma de tiempo en tiempo necesitan apoyarse en el ejemplo de una realidad, Isabel, en medio de los vagos consejos que le daban las hojas, las estrellas y las flores, y con que la fortalecía y aun la enardecía el sol, pensaba en Jaime y en la duquesa, en una separación forzosa; y decía entre sí que basta y sobra estar expuestos á los peligros, á verse separados por las circunstancias, para que uno mismo se cree tales peligros, y que siendo, como era, libre, y bastándole dar un paso para gozar nuevamente del bien que perdiera, toda vacilación implicaría en ella, más que culpa, locura. De esta suerte la de Norcy había llegado al límite en que el alma no juzga ya más que por la sensación, y obedeciéndola ciegamente y de improviso, puede decirse sin saber lo que hace, salta por encima de los últimos obstáculos que le oponen el hábito y la razón, sin saber positivamente si al otro lado de la valla hallará la tierra ó el vacío.

Cierta mañana, y después de una noche de insomnio, Isabel partió resueltamente para París, en derechura á la habitación de Jorge. ¿Qué iba á hacer en casa de éste? ¿qué iba á decirle? Ni ella lo sabía. Quería verle, era preciso de todo punto que le viera, y nada más.

—¿Con qué lentitud anduvo el tren aquel día!

—Pero, según tengo entendido, hace mucho tiempo que no le ha escrito á usted, dije á Isabel.

—Porque le he desechado, porque ni siquiera sabía él dónde yo me encontraba.

—También es posible que se haya consolado.

—¿Quiere usted callarse! ¿Y sus cartas, tan tiernas, tan llenas de súplicas, tan desesperadas?

—¿Y si amase á otra?

—¿Ya? es imposible.

—Sólo faltaría que al entrar usted en casa de Jorge diese de manos á boca con una amante.

—Jorge la despediría.

—¿Luego le perdonaría usted esta vez?

—Ahora me tendría yo la culpa. ¿Por qué no le perdoné desde luego?

—¿Conque todo está previsto?

—Sí, pues le amo.

—Entonces vaya usted.

Isabel llegó á París, se subió á un simón y voló á casa de su amante, resuelta á prescindir de explicaciones y á echarle inmediatamente los brazos al cuello.

¡Cómo! ¡ella lo había sacrificado todo á aquel hombre, familia, reputación, inocencia, porvenir; durante diez años no había amado, vivido, obrado y pensado más que con él, para él y en él, y por un pecadillo que él cometiera, por una mentirijilla, por un capricho accidental de sus sentidos, por un amor pasajero, sin raíces y sin consecuencias, que ella sorprendiera por casualidad, porque de no haber ella estado en casa de él, de no haber encontrado aquella carta y cometido la imprudencia de leerla, nada habría sabido respecto de tales amoríos, etc., etc., etc.; en una palabra, por una tontería como aquella se puso á pique de perder la vida, y le negó á él el perdón, y ahora, al regreso de la primavera, cuando en la naturaleza todo ama y ríe, continuaría viviendo sola, en medio de la desesperación, cerrando la puerta á la dicha, á los recuerdos y á las esperanzas! ¡qué locura! ¡y cómo van á reirse de aquel incidente los dos!

Isabel llegó por fin á la puerta de la casa de Jorge, cruzó el umbral y se encaminó apresuradamente á la escalera.

—¿Adónde va usted, señora? le preguntó el portero, que estaba barriando el vestíbulo.

—A casa del señor Jorge.

—Está fuera.

—¿Dónde?

—En el campo.

—¿En qué sitio del campo?

—No lo sé.

—¿Cuándo estará de regreso?

—Nada me dijo sobre el particular.

—¿Y su criado?

—Viene todas las semanas á recoger la correspondencia.

—¡Dios mío! exclamó Isabel, estoy perdida.

Y subiéndose de nuevo al coche, se hizo conducir á casa de Carlota, en brazos de la cual se arrojó deshecha en llanto.

La de Wine, que no pudo de pronto adivinar la causa de aquel dolor matinal, dijo por fin á Isabel, una vez ésta se hubo explicado.

—Bueno, escríbale usted que venga á verla y vendrá.

Isabel escribió, y al día siguiente volvió á París, y al subsiguiente.

Durante estas idas y venidas era cuando yo iba á su casa inútilmente, y cuando el señor Gabert quería casar con ella. ¡Pobre hombre!

El día en que comí en casa de Isabel, ésta había recibido carta de Jorge, en la que le notificaba su visita para el siguiente.

Cuando escribí á Jaime comunicándole las precedentes nuevas, me era todavía desconocido el resultado de la visita que estaba aguardando la de Norcy.

El lector hará, pues, lo que Jaime, contentarse por ahora con lo que yo sabía.

Pero volvamos á nuestro héroe. Su permanencia en Pless debía durar quince días, y cuando desde allí me escribió la primera carta, los quince quedaban reducidos á catorce.

Jaime debía recibir todas las mañanas carta de la duquesa, lo cual se cumplió el primer día, pero no el segundo, que por esta causa se le hizo eterno; y como no podía leer ni estarse con los brazos cruzados, tomó la pluma y escribió cuatro páginas á Anita, y luego se salió para llevar la carta al correo, que estaba en la sala de espera de la estación.

Precisamente en el instante en que mi amigo iba á echar en el buzón la carta, señalaron el tren de Viena.

Jaime aguardó; y es que aquel tren no le era indiferente: procedía de la ciudad donde estaba su amada, y ésta quizá lo viera partir, si es que no iba en él.

Hay esperanzas que de improviso traspasan el corazón, pero como lo traspasa una flecha, sin dejar de su paso más vestigios que un agujero y un dolor.

No hay para qué decir que Jaime no vió á ningún conocido entre los viajeros que se detuvieron en Pless el tiempo estrictamente necesario para la revisión de pasaportes. Tuvo, pues, que limitarse á mirar como aquellas gentes se paseaban, comían y fumaban, y luego se subían de nuevo á sus respectivos coches y anudaban su camino.

Por la estación de Pless pasaban dos trenes al día, que daban pie á idénticas escenas.

Me dirán ustedes, que para mi amigo aquel movimiento de trenes podía servirle de distracción durante su estancia en Pless.

Pero dejemos á un lado las digresiones.

Jaime, al verse solo otra vez, encendió un cigarro, se metió las manos en los bolsillos, y tomó la vuelta de la posada, adonde llegó antes de mediodía. Es de advertir que se había levantado á las seis.

—¡Con tal que mañana me escriba! dijo entre sí mi amigo.

El cual entró en su cuarto, se echó sobre la cama, abrió un libro, y se pasó una hora con los ojos fijos en la misma página, sin comprender pizca de lo que leía. Luego intentó dormirse, pero como dormía de noche, no había para qué repetir lo mismo durante el día. ¿Qué hacer, pues? echarse otra vez á la calle y aprovechar lo apacible del tiempo.

Jaime atravesó la llanura en toda su longitud: encontró á unos rapazuelos que al verle echaron á correr haciendo burla de él, y descubrió—¡qué ganga!—una pequeña presa, ante la cual permaneció media hora contemplando el burbujear del agua, en la que distinguió efectos de luz por demás curiosos. Luego, á eso de las cuatro, regresó á la posada, donde encontró enfermo á uno de los hijos del posadero, y al médico, que era hombre de buena presencia, pero, al parecer, no un pozo de sabiduría, por más que hablase con toda gravedad. El posadero le escuchaba con recogimiento, con devoción; y como el tal posadero tenía todas las trazas de ser bueno á carta cabal, y se mostraba muy solícito para con Jaime, y éste debía pasar quince días en su casa, nuestro amigo le preguntó con interés por el niño, en el alemán que ustedes saben hablaba aquél.

—¿Es usted francés? le preguntó el médico al oírlo y en francés también.

—Sí, señor.

—Francia me es muy simpática.

Jaime hizo con la cabeza un movimiento como para dar las gracias al médico por su fineza.

—Yo chapurro el francés, continuó el galeno.

—Al contrario, profirió Jaime, lo habla usted perfectamente.

Era una cortesía poco merecida, porque mi amigo debía advertir muy pronto que el doctor Hosen se veía en tantos apuros para hablar francés como él para hacerlo en alemán. Ello no obstante, continuó la conversación, y como por ella Hosen supiera que Jaime debía permanecer quince días en

Pless, pidióle venia para visitarle de vez en cuando, añadiendo con la mayor sencillez del mundo, que lo haría con el propósito de ejercitarse en una lengua que nunca se le ofrecía ocasión de hablar.

Jaime, que al fin y á la postre vió en tal propuesta una distracción, accedió á los deseos del médico, que empezó por convidarle á dar un paseo, luego le ofreció hacerle conocer los alrededores, que, según él decía, eran deliciosos, y por último le preguntó si sabía jugar al ajedrez.

—No, respondió Jaime.

—¡Qué lástima! Aquí juegan mucho á él. ¿Es usted músico?

—Un poco, contestó mi amigo sonriéndose.

—Entonces podrá usted dar conciertos con el comisario y mi mujer.

—¿Quién es el comisario?

—El revisor de pasaportes; habla francés.

—¿Y la señora esposa de usted lo habla?

—Ni jota.

—¿Qué instrumento toca el comisario?

—El violín.

—¿Y su mujer?

—Canta. ¿Y usted?

—Yo toco el piano.

—¡Bravo! yo tengo uno, no muy bueno, es verdad; pero á falta de pan buenas son tortas. Además, no hay otro en Pless.

—¡Ah!

—Nos reunimos con mucha frecuencia.

—¿Conque en Pless hay sociedad?

—¡Pues no! Yo soy quien inicié esas pequeñas tertulias.

—¿Hace mucho tiempo que vive usted en esta tierra?

—Quince años.

—¿Quince años! Pero viajará usted de tiempo en tiempo.

—Nunca.

—Luego, durante esos quince años...

—No me he movido de aquí, de donde soy médico único.

—¿Y no se aburre usted?

—No, señor.

—¿Y la señora Hosen?

—Educa á sus hijos.

—¿Tiene usted muchos?

—Siete, de ellos cuatro hembras.

Jaime contempló con admiración á aquel hombre que parecía dichoso, y dijo por sus adentros: «¡Lo que puede la costumbre! Este hace quince años que vive en Pless, y yo no sé cómo pasar quince días en ella.»

El médico porfió inútilmente para que Jaime se fuese á comer con él; pero mi amigo no pudo negarse á ser presentado á la señora Hosen y pasar, por la noche, una hora en casa de aquél.

Hosen, que no se aburría en Pless, pero que tampoco le sabía mal que Jaime le procurase alguna distracción, condujo al viajero á una casita de no desagradable aspecto comparada con las que la rodeaban; á una casita de un solo piso, sencilla y limpiamente alhajada y con un jardinito.

—Mi mujer, dijo el médico á Jaime presentándole una mujer chiquita, gorda, risueña, que ostentaba la hermosura rubia, sonrosada y blanca propia de Alemania.

La señora Hosen se sonrojó al ver á un extraño que, por mucho que estuviese preocupado, la miraba con verdadera satisfacción; y es que el ver una mujer hermosa siempre consuela.

Jaime, que empezó á comprender que el médico no se aburría tanto como eso, conversó un rato con la señora Hosen, que se esforzó en comprenderle, pero en la boca y en los ojos de la cual, mi amigo notó que de continuo bregaba por reventar la sonrisa burlona que su alemán provocaba en todas partes.

La hora que Jaime pasó en casa del médico fué para él la más corta del día.

¿Quién osará negar el imperio de la mujer? La sola aparición de la señora Hosen, joven, hermosa y alegre, difundió una como brillante luz entre Jaime y su tristeza.

De regreso en la posada, nuestro héroe comió con regular apetito, y no bien se hubo levantado de la mesa, cuando Hosen vino á buscarle.

—Voy á relacionarle á usted con toda la sociedad de Pless, dijo el médico á Jaime: con el comisario, que es algo taciturno, y con un joven empleado de una agencia de transportes, digno de estimación por todos conceptos.

El comisario, que frisaba con los cuarenta, llevaba impresa en el rostro esa distinción que da el paso de un dolor profundo; sí, aquel hombre debió haber sufrido, pero per-

sona alguna estaba al corriente de las pesadumbres que le acibararan la existencia. Verdad que tampoco hubo quien sobre el particular le interrogase, no por indiferencia, sino por discreción. Los alemanes no son preguntones; poco ó mucho todos son espiritualistas, y dejan á cada cual el secreto de su vida íntima, no disfrazan, como los franceses, la curiosidad con el nombre de interés. Basta que un hombre sufra para que se capte la simpatía de sus semejantes; la causa no les interesa.

Mientras Jaime estuvo en Pless, á persona alguna se le ocurrió preguntarle qué iba á hacer allí, por más que su prolongada residencia en aquel rincón de Alemania pudiese dar pie á toda suerte de suposiciones.

El comisario vivía solo, y á lo sumo una vez á la semana veía al médico y á su mujer. Las horas de vagar que le dejaba su empleo, ocupábalas en leer y en tocar el violín; no recibía carta alguna, ni las escribía; se ignoraba quiénes eran sus padres, y no se había ausentado de la población ni una sola vez durante los ocho años cumplidos que residía en ella. En Francia le hubieran calificado de espía; en Alemania decían de él que era el comisario. Precisamente de este singular personaje fué de quien habló á Jaime el señor Desfossés como la única persona que hablaba la lengua de Racine en aquella extraviada población. Y, en efecto, el comisario hablaba francés regularmente, y también inglés é italiano; lo cual le valió que le propusieran una colocación más lucrativa en una gran ciudad, colocación que él no aceptó por causas de todos ignoradas. Nada más supo Jaime acerca de tal sujeto, ni yo tampoco.

El empleado de la agencia, aunque no contaba más allá de los veintidós, tenía ya la gravedad de la madurez, gravedad precoz que Alemania, con sus estudios serios, da á sus hijos más humildes, casi siempre más instruidos que los más distinguidos jóvenes de la aristocracia francesa. Así es que aquel joven, empleado con mil pesetas al año, hablaba inglés como su lengua materna, conocía al dedillo la historia europea antigua y moderna, era músico, sabía un poco la medicina, física y química, y dilataba constantemente los horizontes de su saber, sin dar por eso más vuelo á sus ambiciones; sólo por la satisfacción de su existencia íntima, inútil á los demás en la apariencia, iba adquiriendo paulatinamente los elementos intelectuales que, en Francia,

faltan á aquellos á quienes el favoritismo les convierte prematuramente en hombres públicos. La educación alemana, al acumular de esta suerte en las inteligencias la mayor suma posible de riquezas, las coloca preventivamente en estado de luchar contra las adversidades probables de la vida. En Francia, la instrucción se da, y se toma sobre todo, con un fin de utilidad general; en Alemania domina la razón privada. Aquí se instruye uno para los demás; allí, para sí únicamente: esto es lo que imprime á Alemania el progreso cotidiano y el producto incesante y simultáneo del pensamiento. Alemania no avanza, como los franceses, al soplo de la vanidad, de la inspiración y de la temeridad que con frecuencia nos constriñen á desandar lo andado y hacer de esta suerte doble camino; sondea con paciencia, camina con seguridad, no emite más que lo que adquiere, y cuando dice que una cosa es, es; por eso Alemania es el gran crisol de Europa donde se ensaya el oro de la ciencia y de la filosofía.

En Alemania no existe la centralización de la inteligencia, todos trabajan y producen donde se encuentran. Como cada individuo ha recibido en la familia ó en la universidad conocimientos compatibles con su organización, los lleva adonde quiere y ejerce donde le place. Por muy distante que esté el individuo, es una rueda del mecanismo general, y si determina guardar únicamente para sí lo que sabe, todavía le queda el mérito de ser apto para comprender cuanto se dice, se escribe ó se hace en la suya y en las demás naciones. Aldehuela hay en Alemania en la cual se hallarían tres ó cuatro individuos en la apariencia modestísimos é insignificantes, capaces de sostener las más arduas discusiones con la más empingorotada academia. Es un progreso federativo. En determinadas circunstancias, la ciencia rinde cuentas, aporta el total, ingresan en común las adquisiciones hechas, y se prosigue.

Hay que decir también que los alemanes, por carácter ó por necesidad han simplificado grandemente todas las pasiones de la vida. Por regla general no son jugadores ni aman á las mujeres, aunque sí á la suya. Prometidos muy jóvenes, contraen matrimonio de los veinte á los veinticinco; nacen padres de familia, lo son con inteligencia, y una vez casados, nunca tienen queridas. Antes de anudar el indisoluble lazo, á lo sumo, se proponen á tener una buena amiga. Y si no,

estúdiase su literatura, la cual se complace en la pintura más minuciosa de los goces domésticos; se corrobora el corazón en el hogar, se sienta, con inocente alegría, á la mesa hospitalaria de la familia, se entretiene, á veces en demasía, en la contemplación y en la descripción de pormenores insignificantes de puro sutiles, y nunca descubre, ni aun mira, las cortinas de la alcoba. Acá y allá describe algunos regocijados cuadros de bebedores que cantan canciones patrióticas acompañadas del trincar de los vasos, porque el viejo Rin atraviesa siempre la poesía patria, á la que fecunda con sus majestuosas aguas y alegra con su chispeante vino; pero nada más; estas son las únicas licencias á que se atreve. La psicología alemana ahonda hasta lo más profundo en los afectos y los reproduce por sutiles y delicados que sean; pero como la cámara obscura en los comienzos de la fotografía, no se apodera más que de lo tranquilo; no se detiene en la pasión, que, pues no la comprende, no sabría describirla. Cuando se aventura á hablar de ella, es para demostrar la imposibilidad local de ella, como en Werther, donde la exagera y no le halla más solución que el suicidio.

XXIII

¿Y á propósito de un personaje nos ha espetado usted esa inconmensurable digresión? me dirán los lectores. Verdad que es larga; pero como aquel personaje era para nuestro héroe resumen y compendio de costumbres, hábitos y sensaciones nuevas, la novela debía detenerse por un instante en el momento en que Jaime le encontraba, para examinarle y consignar las muy naturales observaciones que nos sugería.

Juan Elb, que así se llamaba el dependiente de la agencia, vestía levita de paño verde, corbata blanca, chaleco blanco también, rociado de pequeñas lilas, y pantalones negros, y llevaba cortos los cabellos; tenía alta la frente, limpios los ojos, pálido el cutis, la cara oval, grande la nariz, algo salientes los labios, regular la dentadura, largo el cuello, y el aspecto suave, delicado y reflexivo; ítem más, tenía un lunar en la mejilla izquierda, era barbilampiño y debía casarse dentro de tres meses.